



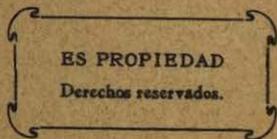
BIBLIOTECA

PQ9261

E3

848

1911



## La ilustre Casa de Ramires

I

DESDE las cuatro de la tarde trabajaba el Hidalgo. Era un domingo cálido y silencioso de Junio. Gonzalo Mendes Ramires — á quien todos conocían por el «Hidalgo de la Torre», lo mismo en su vieja aldea de Santa Ireneia que en la villa vecina, la vistosa y aseada Villa-Clara, que en la ciudad de Oliveira — trabajaba en una novela histórica, *La Torre de Don Ramires*, destinada al primer número de los *Anales de Literatura y de Historia*, revista fundada por José Lucio Castañeiro, su antiguo compañero de Coimbra en los tiempos del Cenáculo Patriótico, de la casa de las Severinas.

La librería, clara y larga, pintada de negro, con pesados estantes de madera oscura, donde, entre el polvo y la gravedad de las encuadernaciones en pergamino, reposaban gruesos folios de

convento y de foro, recibía la luz de la pomarada por dos ventanas: una de pretil y balcones de piedra; otra más rasgada de barandas, frescamente perfumada por la madreSelva que entre las rejas se enroscaba. Delante de ella, esclarecida por la luz que á raudales entraba, había una mesa inmensa de pies torneados, cubierta con una colcha deslucida de damasco bermejo y atestada esa tarde por los volúmenes de la *Historia Genealógica*, todo el *Vocabulario* de Bluteau, tomos sueltos del *Panorama*, y en un extremo, apiladas, las obras de Walter Scott, sustentando una copa llena de claveles amarillos. Y desde allí, desde su sillón abacial, Gonzalo Mendes Ramires, pensativo delante de las cuartillas, rascándose la cabeza con el extremo de su pluma de ave, veía constantemente la inspiradora de su novela, la Torre, la antiquísima Torre, cuadrada y negra, sobre los limoneros del pomar que en derredor crecieran, con hiedra en las cornisas resquebrajadas, las almenas y el mirador recortándose en el azul de Junio, robusta supervivencia del Pazo acastillado de la tan loada Honra de Santa Ireneia, solar de los Mendes Ramires desde mediados del siglo x.

Gonzalo Mendes Ramires (como confesaba un severo genealogista, el mayorazgo de la Ciudadela) era ciertamente el más genuino y antiguo hidalgo portugués. Raras familias, aun las coevas, podrían llegar en su ascendencia por lí-

nea varonil y siempre pura, hasta los vagos señores que entre Duero y Miño mantenían castillo y tierra murada cuando irrumpieron en Portugal con pendón y caldera en las huestes borgoñonas. Los Ramires entroncaban lípidamente á su casa, por línea varonil y siempre pura, al hijo del conde Nuño Mendes, aquel agigantado Ordoño Mendes, señor de Treixedo y de Santa Ireneia, que casó en 967 con doña Elduara, condesa de Carrión, hija del rey leonés Bermudo *el Gotoso*.

Más antiguo en España que el Condado Portucalense, como éste creció y se afamó el solar de Sauta Ireneia, resistente como él á los azares y á los tiempos; y en cada página gloriosa de la historia de Portugal un Mendes Ramires suena grandiosamente por su heroísmo, por su lealtad ó por su nobleza. Uno de los más esforzados del linaje, Lorenzo, por mal nombre *El Cortador*, collazo de Alfonso Henriques (con quien en la misma noche, para armarse caballero, veló las armas en la catedral de Zamora), aparece en la batalla de Ubrique, donde ve á Jesucristo sobre nubes de oro, clavado en una cruz, de diez codos de larga. En el sitio de Tavira, Martín Ramires, hermano de Santiago, rompe por entre las cimitarras, que le cercenan ambas manos, y surge en medio de la torre albarrana con los muñones sangrientos, gritando alegremente al Maestre: «¡Don Payo Peres, Tavira es nuestra! ¡Real, real por Portugal!»

El viejo Egas Ramires, retirado en su Torre con el puente levadizo alzado, las barbacanas erizadas de flecheros, niega acogida al rey Don Fernando y á Leonor Téllez, que recorrían el Norte holgándose en cacerías, para que la presencia de la *adúltera* no maculase la extrema pureza de su solar. En Aljubarrota, Diego Ramires, *El Trovador*, desbarata á un centenar de ballesteros, mata al Adelantado mayor de Galicia, y por él cae derribado el pendón real de Castilla, en que al fin de la lid su hermano de armas, don Antón de Almada, se envolvió. Bajo los muros de Arzila combaten magníficamente dos Ramires, el anciano Suero y su nieto Fernán, y delante del cadáver del anciano, estirado en el patio de la Alcazaba, al lado del cuerpo del conde de Marialva, Alfonso V arma juntamente caballeros al príncipe su hijo y á Fernán Ramires, murmurando entre lágrimas: «¡Dios os quiera tan buenos como esos que ahí yacen!»

Mas he aquí que Portugal se hace á los mares. Raras son entonces las armadas y los combates de Oriente en que no se esfuerce un Ramires, quedando en la leyenda trágico-marítima aquel noble capitán del golfo Pérsico, Baltasar Ramires, que en el naufragio de la *Santa Bárbara* revístese con su pesada armadura, y en el castillo de proa, inflexible, se hunde en silencio, con la nave que se hunde, apoyado en su gran espada. En Alcázar-Kebir, donde dos Ra-

mires encuentran muerte arrogante al lado del rey; el más joven, Pablo Ramires, paje abandonado, no queriendo más vida puesto que el rey yacía muerto, coge un caballo, requiere las armas, y gritando: «¡Vete, alma, que ya tardas en seguir á la de tu señor!», entra por entre la chusma morisca y desaparece para siempre. Bajo los Felipes, los Ramires, enervados, beben y cazan en sus tierras, reapareciendo con los Braganzas un Vicente Ramires, gobernador de las armas de Entre-Duero y Miño que penetra en Castilla, destroza á los españoles del conde de Benavente y toma Fuente Guinaldo, cuyo furioso saqueo preside desde el balcón de un convento de franciscanos, en mangas de camisa, comiendo tajadas de cerdo. Sin embargo, como la nación, la noble estirpe comienza á degenerar. Alvaro Ramires, valido de Don Pedro II, escandaliza á Lisboa con sus extravagancias; rapta á la mujer de un inspector de Hacienda, á quien manda matar á palos por unos negros; recalca en Sevilla, y después de perder cien doblones en una casa de juego, termina mandando una banda de piratas en la flota de Murad ó *Maltrapillo*. En el reinado del señor Don Juan V, Nuño Ramires brilla en la corte, pone á sus mulas herraduras de plata y arruina la casa celebrando suntuosas fiestas de iglesia, en las que canta en el coro vestido con el hábito de Hermano Tercero de San Francisco. Otro Ramires, Cristóbal, presidente de la Mesa de

Conciencia y Orden, alcahuetea los amores del rey Don José I con la hija del prior de Sacavem. Pedro Ramires, proveedor y factor mayor de las Aduanas, cobra fama en todo el reino por su obesidad y por sus proezas de glotón en el palacio de Bemposta con el arzobispo de Tesalónica. Ignacio Ramires acompaña á Don Juan VI al Brasil como repostero mayor; trafica en negros; vuelve con un baúl cargado de onzas de oro, que le roba su administrador, antiguo fraile capuchino, y muere en su solar de la cornada de un buey. El abuelo de Gonzalo, Damián, doctor liberal, dado á las musas, desembarca con Don Pedro en Mindello, forja las altisonantes proclamas del partido, funda un periódico, el *Anti-Fraile*, y después de las guerras civiles arrastra una existencia reumática en Santa Ireneia, arropado en su capotón de monte, traduciendo en lengua vernácula, con un lexicón, las obras de Valerio Flaco. El padre de Gonzalo, ora Regenerador, ora Histórico (1), vivía en Lisboa en el hotel Universal gastando las suelas por las escaleras del Banco Hipotecario y por el enlosado de la Arcada, hasta que un ministro del reino, á cuya concubina, corista de San Carlos, enamoró, le nombró, para alejarlo de la capital, goberna-

(1) Son los nombres de dos agrupaciones políticas que, por el tiempo en que de Queiroz meditaba esta novela, se disputaban el poder.

dor civil de Oliveira. Gonzalo era entonces bachiller con un reprobado en el tercer año.

Entonces fué cuando debutó en las letras Gonzalo Mendes Ramires. Un su compañero de casa, José Lucio Castañeiro, algarvés (1), muy flaco y macilento, con enormes lentes azules, á quien Simón Craveiro llamaba el «Castañeiro Patriotiñeiro», fundó un semanario, *La Patria*, «con el levantado propósito (afirmaba sonoramente el programa) de despertar, no sólo entre la mocedad universitaria, sino en todo el país, desde el cabo Silleiro al cabo de Santa María, el amor tan preterido por las bellezas, por las grandezas y por las glorias de Portugal». ¡Devorado por esa idea, «su Idea», considerándola como una carrera, casi como una misión, Castañeiro, incesantemente, con ardor celoso de apóstol, clamaba por las tabernas de Sofía, por los claustros de la Universidad, por los cuartos de los amigos, entre la humareda de los cigarros, «la necesidad ¡caramba! de regresar á la tradición, de desembarazar ¡caramba! á Portugal del aluvión de extranjerismo!» Como el semanario apareció regularmente durante tres domingos y publicó estudios repletos de grifos y de citas sobre las *Capellas de Bathala*, la *Tomada d'Ormuz*, la *Embaixada da Tristão da Cunha*, comenzó á considerársele como una aurora, aún pálida, pero

(1) De los Algarves.

segura, del renacimiento nacional. Algunos buenos espíritus de la Academia, sobre todo los compañeros de casa de Castañeiro, los tres que se ocupaban de las cosas del saber y de la inteligencia (porque de los otros tres restantes uno era gimnasta, el otro guitarrista y el otro «premiado»), pasaron inflamados por aquella llama patriótica, á escudriñar en la biblioteca los gruesos tomos, nunca antes solicitados, de Fernán Lopes, de Rui de Pina y de Azurara, proezas y leyendas «tan portuguesas, tan nuestras (como afirmaba Castañeiro), que devolviesen á la nación abatida la conciencia de su heroicidad». Así crecía el Cenáculo Patriótico de casa de las Severinas. Y por aquella época Gonzalo Mendes Ramires, muchacho muy afable, esbelto y rubio, de una blancura brillante de porcelana, con ojos risueños que se enternecían fácilmente, distinguido, elegante, presentó á Castañeiro un domingo, después del almuerzo, once cuartillas intituladas *Doña Guiomar*. En ellas se contaba la viejísima historia de la castellana que, mientras el castellano, acorazado de hierro, anda por tierras de Ultramar, recibe en su cámara con los brazos desnudos, porque es noche de Mayo y de luna, al paje de rizados cabellos. Después ruge el invierno; el castellano vuelve más barbudo, apoyado en un bordón de romero. Por el escudero del castillo, hombre escudriñador y de amarga sonrisa, conoce la traición, la sombra que obscurece

su nombre, tan puro y honrado en todas las Españas. Y ¡ay del paje!, ¡ay de la dama! Luego, las campanas tocan á muerto. Ya en el patio de la Alcazaba el verdugo espera, apoyado en el hacha, entre dos cepos cubiertos de paños negros. Y en el final lloroso de *Doña Guiomar*, como en todas las historias del Romancero de Amor, brotan también sobre las dos sepulturas, cavadas en el solitario yermo, dos rosales blancos, cuyos aromas y flores el viento enlaza. De suerte que (como notó José Lucio Castañeiro, rascándose pensativamente la barba) en esta *Doña Guiomar* no resaltaba nada que fuera «exclusivamente portugués, exclusivamente nuestro, emanado del suelo y de la raza». Pero tan lamentables amores pasaban en un solar de Riba-Côa; los nombres de los caballeros Remarigues, Orduño, Fruela, Gutiérrez, tenían un delicioso sabor godo; en cada página resonaban los genuinos ¡*Bofé!*... ¡*Mentes pela gorja!* ¡*Pagem o meu murcello!* y á través de toda esta vernaculidad circulaba una suficiente turba de caballerizos con sayos de la época, monjes sumidos en la sombra de las cogullas y convidados comiendo medios lomos de cerdo. La novela, por tanto, marcaba un saludable retroceso hacia el sentimiento nacional.

— Y después — añadía Castañeiro —, este bellaco de Gonzalo escribe con un estilo terso, viril, de buena color arcaica. . . ¡De óptima color arcaica! ¡Recuerda hasta el *Bobo* y el *Monje de*

*Cister!* La Guiomar, realmente, es una castellana vaga de Bretaña ó de Aquitania. Pero en el escudero, y aun en el castellano, aparecen ya los buenos portugueses de fibra y de alma de Entre-Duero y Cavado. . . Sí, señor. Cuando Gonzalo se penetre de nuestro pasado, de nuestras crónicas, tenemos en las letras un hombre que siente bien el terruño, que siente bien la raza.

*Doña Guiomar* llenó tres páginas de *Patria*. En ese domingo, para celebrar su entrada en la literatura, Gonzalo Mendes Ramires pagó á los camaradas del Cenáculo y á otros amigos una cena donde fué aclamado — después del vino, cuando los mozos del Camolino, agitados, renovaban las botellas del de Collares — como «nuestro Walter Scott». Anunció con gran sencillez una novela de dos volúmenes, fundada en los anales de su casa; una ruda hazaña de sublime orgullo llevada á cabo por Tuctesindo Mendes Ramires, amigo y alférez mayor de Don Sancho I. Por temperamento, por aquel saber especial de trajes y muebles que en *Doña Guiomar* revelara, hasta por la antigüedad de su linaje, Gonzalo parecía gloriosamente indicado para restaurar en Portugal la novela histórica. Y como tenía ya una misión que cumplir, comenzó á pasear por la Calzada, pensativo, con el sombrero sobre los ojos, como quien anda reconstruyendo un mundo. En el examen de ese año llevó también reprobado. Cuando volvió de vacaciones á

cursar el cuarto año, el ardiente Cenáculo de patriotas de la calle de la Matemática había desaparecido. Castañeiro vegetaba en Villa Real de San Antonio; con él desapareció *Patria* y los muchachos celosos que en la Biblioteca escudriñaban las crónicas de Fernán Lopes y las de Azurara. Desamparados por aquel apóstol, recayeron en las novelas de Jorge Ohnet y volvieron á coger por la noche el taco en los billares de Sofía. Gonzalo volvía también cambiado, de luto por el padre, que murió en Agosto, con la barba crecida, siempre afable y suave, pero más serio, más grave, hostil á las cenas y á las noches errantes. Instalóse en un cuarto del hotel Mondego, donde le servía, vestido de corbata blanca, Benito, un viejo criado de Santa Ireneia. Sus compañeros preferidos fueron tres ó cuatro rapaces que se preparaban para la política, hojeando atentamente el *Diario de Sesiones*; que conocían cuatro enredos de la corte; que proclamaban la necesidad de una «orientación positiva» y de un «gran fomento rural»; que consideraban como liviandad jacobina la irreverencia de las Academias por los dogmas, y que, en fin, paseando en las noches de luna por el Chopal ó por el Pinar de la Saudade, discutían arduosamente sobre los dos jefes de partido — el Braz Victorino, el de los Regeneradores, y el viejo barón de San Fulgencio, jefe clásico de los Históricos —. Inclinado hacia los Regeneradores, porque la regene-

ración representaba tradicionalmente ideas de conservaduría, de elegancia culta y de generosidad, Gonzalo comenzó á frecuentar el Centro regenerador de la Coraza, donde por la noche, tomando té, aconsejaba «el fortalecimiento de la autoridad de la corona» y «una fuerte expansión colonial». Después, en la primavera, desertó alegremente de esta gravedad política para trasnochare en la taberna de Camolino, comiendo abandonadas festivas entre el rasgueo de las guitarras. Mas no aludió jamás á su novela en dos volúmenes, evadiéndose de su misión de arte histórico. En la Pascua del quinto año volvió á coger la pluma para lanzar en la *Gaceta de Oporto* contra un patricio, el doctor Andrés Cavalleiro, que el ministerio de San Fulgencio nombró gobernador civil de Oliveira, dos correspondencias muy acerbas, de un rencor intenso y personal (hasta el punto de zaherir «el feroz bigote negro de su excelencia»). Firmó *Juvenal*, como en otro tiempo su padre, cuando publicaba comunicados políticos de Oliveira en esa misma *Gaceta de Oporto*, periódico amigo, donde un Villar Mendes, su remoto pariente, redactaba la *revista extranjera*. Leyó en el Centro los artículos á sus amigos: — «los dos botes de lanza que derribarían de su caballo al señor Cavalleiro» —. Un mozo serio, sobrino del obispo de Oliveira, no pudo ocultar su asombro.

— Gonzalo; yo siempre creí que usted y Ca-

valleiro eran íntimos. Si mal no recuerdo, cuando usted llegó á Coimbra vivía en casa de Cavalleiro, en la calle de San Juan. . . ¿No hay una amistad tradicional, casi histórica, entre los Ramires y los Cavalleiros? . . . Yo conozco poco Oliveira, pero creo que Corinde, la quinta de Cavalleiro, linda con Santa Ireneia.

Gonzalo arrugó la faz, su risueña y lisa faz, para declarar secamente que Corinde no lindaba con Santa Ireneia; que entre las dos tierras corría muy justificadamente el río Coice, y que el señor Andrés Cavalleiro, ó mejor, Caballo, era un animal detestable que pastaba en la otro margen.

El sobrino del obispo exclamó:

— Buen golpe; sí, señor; buen golpe.

Un año después de la licenciatura, Gonzalo fué á Lisboa para hipotecar su quinta de Praga, y también para entablar más estrecha amistad con su jefe el Braz Victorino, mostrarle lealtad y sumisión y tomar de él algún consejo de conducta política. Una noche, volviendo de comer de casa de la vieja marquesa de Louredo, la «tía Louredo», que moraba en Santa Clara, tropezó en el Rocío con José Lucio Castañeiro, empleado entonces en el ministerio de Hacienda, en la oficina de los Propios Nacionales. Más amojamado, más macilento, con los lentes más grandes y más tenebrosos, Castañeiro ardía, como en Coimbra, en la llama de su Idea, «la resurrección del sentimiento portugués». Y ahora, ensanchando en

proporciones condignas á la capital el proyecto de *Patria*, soñaba con la creación de una revista quincenal de setenta páginas con cubierta azul: los *Anales de Literatura y de Historia*.

Era una noche de Mayo, suave y cálida. Y paseando en torno de las fuentes secas del Rocío, Castañeiro, que llevaba bajo el brazo un rollo de papel y un grueso folio encuadernado en becerro, después de recordar las reuniones geniales de la calle de la Misericordia y de maldecir la falta de intelectualidad de Villa Real de San Antonio, volvió á su Idea suplicando á Gonzalo Mendes Ramires que le cediese para los *Anales* esa novela que anunció en Coimbra sobre su antepasado Tructesindo Ramires, alférez mayor del rey Don Sancho I.

Gonzalo, sonriendo, confesó que no había comenzado todavía esa gran obra.

— ¡Ah! — murmuró Castañeiro, fijando en Gonzalo sus ojos negros y desconsolados —. Entonces, ¿usted no persistió? . . . ¿No permaneció fiel á la Idea?

Encogió los hombros resignadamente, acostumbrado como estaba, á través de su misión, á estos desfallecimientos del patriotismo. No consintió que Gonzalo, humillado ante aquella fe que tan pura se mantenía, aludiese como disculpa al inventario laborioso de la casa después de la muerte de papá. . .

— ¡Bien, bien! Se acabó. *Proscratinare lusita-*

*num est*. Trabaje ahora en el verano. . . Para los portugueses el verano es el tiempo de los hechos gloriosos. En el verano nace Nuño Alvares en Bomjardín. En el verano se vence en Aljubarrota. En el verano llega Gama á la India. . . Y en el verano va á escribir nuestro Gonzalo una novela sublime. Por lo demás, los *Anales* aparecerán en Diciembre, el primero de Diciembre precisamente. . . Y usted resucita un mundo en tres meses. En serio, Gonzalo Mendes. . . Es un deber, un santo deber, sobre todo para los nuevos, colaborar en los *Anales*. Portugal muere por falta de sentimiento nacional. Estamos muriendo inmundamente del mal de no ser portugueses.

Paróse, ondeó el brazo, flaco como la correa de un látigo, con un gesto que cobijaba el Rocío, toda la ciudad, toda la nación. ¿Sabía el amigo Gonzalo el secreto de esta borrachera siniestra? Es que los portugueses, los peores, deprimen á la patria, y los mejores ignoran á la patria. ¿El remedio? Revelar á Portugal, vulgarizar á Portugal. Sí, amigo. Organizar con estruendo el reclamo de Portugal, de modo que todos lo conozcan, al menos como se conoce el jarabe pectoral de James. Y que todos lo adopten, al menos como se adoptó el jabón de los Príncipes del Congo. Y conocido y adoptado, que todos lo amen, en fin, en sus héroes, en sus hechos gloriosos, hasta en sus defectos, hasta en las piedras de las calles. Para este fin, el único digno de emprenderse en

este apagado siglo de nuestra historia, fundaba él los *Anales*. ¡Para vociferar! Para atronar á Portugal, bramando sobre los tejados con la noticia inesperada de su grandeza. Y á los descendientes de los que en otros tiempos hicieron el reino, incumbía, más que á ningún otro, el cuidado piadoso de rehacerlo... ¿Cómo? Regresando hacia la tradición, ¡caramba!

— Por esa historia de Portugal, propagada, ustedes llegan á ser una serie de Ramires estu-  
pendos y arrogantes. Hasta aquella hermosa barriga que comió en una cena de Navidad dos lechones... ¡Qué barriga! Hay en ella la pujanza heroica que prueba la raza, la raza más fuerte *do que promete a forza humana*, como dice Camoens. ¡Y los otros Ramires, el de Silves, el de Aljubarrota, los de Arzilla, los de la India! ¡Y los cinco valientes de quien usted tal vez no sepa que murieron en el Salado! Pues bien; resucitar estos varones y mostrar su alma magnánima, es una soberbia lección para los nuevos... Tonifica, ¡caramba! Por la conciencia renovada de haber sido tan grandes, sacúdense este imbécil consentimiento nuestro en permanecer pequeños. Es lo que yo llamo regresar á la tradición. Y después, hecho por usted propio, Ramires; ¡qué *chic!* ¡Caramba, qué *chic!*... Es un hidalgo, el mayor hidalgo de Portugal, quien, para mostrar la heroicidad de la patria, abre sencillamente, sin salir de su solar, los archivos de su casa, que tiene

más de mil años. ¡Es formidable! Y usted no necesita hacer una voluminosa novela. La novela demasiado desarrollada no está en la índole militante de la revista. Basta un cuento de veinte ó treinta páginas. Está claro que por ahora los *Anales* no pueden pagar. Tampoco usted lo necesita. Y ¡qué diablo!, no se trata de dinero, sino de una gran renovación social. Además, la literatura conduce en Portugal á todas partes. Yo sé que Gonzalo, en Coimbra, frecuentaba últimamente el Círculo Regenerador. Pues, amigo, de folletín en folletín se llega á San Benito. La pluma ahora, como la espada en otros tiempos, edifica reinos. Piense usted en esto. Y adiós, que todavía tengo que copiar hoy en letra cristiana este estudio de Henriquez sobre Ceilán. ¿Usted no conoce á Henriquez? No lo conoce. Nadie lo conoce. Pues cuando en Europa, en esas grandes Academias, hay una duda sobre historia ó literatura cingalesa, llaman á Henriquez.

Marchó, agarrado á su rollo y á su tomo, y Gonzalo le vió todavía en la puerta de la tabaquería de Núñez agitando sobre su brazo seco de apóstol delante de un sujeto obeso, que retrocedía con espanto, perturbado en el goce calmoso de su grueso cigarro y de la dulce noche de Mayo.

El Hidalgo de la Torre recogióse, impresionado, rumiando la idea del patriota. Le seducía y le convenía aquella colaboración en una revista considerable, de setenta páginas, en compañía de

escritores doctos, de catedráticos, de antiguos ministros, hasta de consejeros de Estado; la antigüedad de su raza, más antigua que el reino, popularizada en una historia de heroica belleza en que con tanto fulgor resaltaban la bravura y la nobleza de alma de los Ramires; y en fin, la seriedad académica de su espíritu y su noble gusto por las investigaciones eruditas apareciendo en el momento en que intentaba comenzar la carrera del Parlamento y de la política.

El trabajo de composición moral de los vestustos Ramires; la resurrección arqueológica del vivir alfonsino; las cien cuartillas de papel llenas de robusta prosa, no le asustaban. . . No; porque felizmente ya poseía «su obra», y cortada en buen paño y hábilmente escrita. Su tío Duarte, hermano de su madre (una señora de Guimaraes, de la casa de los Balsas), en sus años de ociosidad é imaginación, de 1845 á 1850, entre el título de bachiller y el de abogado, fué vate y publicó en el *Bardo*, semanario de Guimaraes, un poema en verso libre, *El Castillo de Santa Ireneia*, que firmaba con dos iniciales: D. B. Ese castillo era el suyo, el Pazo antiquísimo, del que quedaba la negra torre entre los limoneros de la huerta. Y el poema cantaba con romántico garbo un lance de altivez feudal en que se sublimara Tructesindo Ramires, alférez mayor de Don Sancho I durante las contiendas de Alfonso II y de las Infantas. Ese volumen del *Bardo*, encuadernado en marro-

quín con el escudo de los Ramires, azor negro en campo de escarlata, estaba en el archivo de la casa como un pedazo de la crónica heroica de los Ramires, y muchas veces, de pequeño, Gonzalo recitó, enseñados por la mamá, los versos primeros del poema de tan armoniosa melancolía.

Palicece la tarde, entre el follaje  
que otoño amarillea. . .

Era con ese sombrío hecho de su vago antepasado con lo que Gonzalo Mendes Ramires decidió en Coimbra, cuando los camaradas de *Patria* y de cenas lo aclamaban como «nuestro Walter Scott», componer una novela moderna, de un realismo épico, en dos gruesos volúmenes, formando un estudio rico de colorido de la Edad Media portuguesa; ahora servíale, con deliciosa facilidad, para esa novela corta y sobria de treinta páginas que convenía á los *Anales*.

Ya en su cuarto del hotel Braganza, abrió el balcón, y asomado á él mientras terminaba el cigarro, en la durmiente y suave noche de Mayo, ante la majestad silenciosa de la luna y del río, pensaba regaladamente en que no necesitaba revolver crónicas ni infolios polvorientos. Toda la reconstrucción histórica la realizó ya sólida y diestramente el tío Duarte. El palacio acastillado de Santa Ireneia, con su torre albarrana, su alcazaba y su mazmorra; el viejo Tructesindo, enor-

me, con sus cabellos y barbas ancestrales colgando sobre la loriga de malla; los siervos moriscos de zurrónes de cuero, cavando las regueras de la huerta; los oblatos murmurando á la vera del fuego las *Vidas de los santos*. . . Todo resurgía con verídico realce en el poema del tío Duarte. Recordaba también ciertos lances; el truhán azotado, el festín donde los convidados consumían sendas cubas de cerveza, la jornada de Violante Ramires hacia el monasterio de Lorvao:

En la fuente morisca, entre los olmos,  
la cabalgata para. . .

el enredo todo, con su pasión de bárbara grandeza; sus encuentros bravíos, en que el puñal saciaba los rencores de la raza; las heroicas palabras arrojadas por labios de hierro, estaban allí, en los versos sonoros y bien rimados del tío Duarte:

¡Monje, escucha! El solar de Don Ramires  
piedra á piedra por sí se derruyera  
si un bastardo jamás pisar osase  
con zapato villano losas puras.

En realidad, no tenía más que traspasar las formas flúidas del romanticismo de 1846 á su prosa tersa y viril (como confesaba Castañeiro), de óptima color arcaica, recordando al *Bobo*. ¿Era esto, en realidad, un plagio? No. ¿A quién

con más derecho que á él, Ramires, pertenecía la memoria de los Ramires históricos? La resurrección del viejo Portugal, tan bella en *El castillo de Santa Ireneia*, no era obra individual del tío Duarte, sino de los Herculanos, de los Rebello, de las Academias, de la erudición dispersa. Por otra parte, ¿quién conocía hoy ese poema y ese *Bardo*, pequeño semanario, que vivió cinco meses, hacía ya cincuenta años, en una ciudad de provincia?

Nadie, exclamó entusiasmado. Y mientras bebía á sorbos una copa de agua con bicarbonato de sosa, forjaba la primera línea del cuento á la manera lapidaria de *Salambó*: «Era en los Pazos de Santa Ireneia, durante una noche de invierno, en la alta sala de la Alcazaba. . . »

Al otro día visitó á José Lucio Castañeiro en la oficina de Propios Nacionales, de prisa, porque había prometido acompañar á las primas Chellas á una Exposición de bordados que se celebraba en la librería Gomes, para anunciarle que positivamente le aseguraba para el primer número de los *Anales* la novela, de que ya tenía el título: *La Torre de Don Ramires*.

— ¿Qué te parece?

Deslumbrado el patriota, alargó los flaquísimos brazos, resguardados por las mangas de alpaca, hasta la bóveda del oscuro corredor en que lo recibiera:

— ¡Sublime! ¡*La Torre de Don Ramires!* La

estupenda hazaña de Tructesindo Mendes Ramires contada por Gonzalo Mendes Ramires. ¡Y todo en la misma Torre! En la Torre donde el viejo Tructesindo la lleva á cabo. ¡Y setecientos años después, en la misma Torre, nuestro Gonzalo relata el hecho! ¡Caramba, carambisima! ¡Eso se llama regresar á la tradición!

Dos semanas después, de vuelta á Santa Ireneia, Gonzalo mandó un criado de la quinta con un carro á Oliveira, á casa de su cuñado José Barrolo, casado con Graciña Ramires, para que le trajese de la librería clásica que Barrolo heredó del tío, deán de la catedral, todos los volúmenes de la *Historia genealógica*, y añadía en la carta, «los cartapacios que por ahí encuentres con el título de Crónicas del rey Fulano...» Después, de entre el polvo de sus estantes desenterró las obras de Walter Scott y volúmenes descabalados del *Panorama*, la *Historia de Herkulano*, el *Bobo* y el *Monje de Císter*, y abastecido con tan copiosos datos, con una resma de cuartillas en el velador, comenzó á repasar el poema de Duarte, ideando trasplantar á una mañana áspera de Diciembre, como más acorde con la rudeza feudal de sus abuelos, aquella lucida cabalgata de dueñas, monjes y guerreros que el tío Duarte extendió, á través de una suave melancolía otoñal, por las vegas del Mondego.

Palidece la tarde, entre el follaje que otoño amarillea...

Mas como entonces era Junio y la luna crecía, Gonzalo determinó, á fin de aprovechar las sensaciones de calor, noches de luna y arbolado que le daba la aldea, levantar á la entrada de su novela el negro é inmenso Pazo de Santa Ireneia, en el silencio de una noche de Agosto, bajo el resplandor de la luna llena; y ya había llenado fácilmente, ayudado por el *Bardo*, dos cuartillas, cuando una desavenencia con su casero Manuel Rello, que llevaba la quinta en arriendo por ochocientos mil reis, vino á perturbar la fresca inspiración. Desde Navidad, el Rello, que hasta entonces no se emborrachaba más que los domingos, comenzó á tomar tres ó cuatro veces por semana desabridas y escandalosas curdas, en las que apaleaba á su mujer, atronaba la quinta á berridos y, en medio de la carretera, desabrochado, con un palo en la mano, desafiaba á la quieta aldea. Por fin, una noche en que Gonzalo, en el sillón, después de tomar el té, escarbaba laboriosamente los fosos del palacio de Santa Ireneia, rompió á gritar Rosa la cocinera: «¡Aquí del rey contra Rellol», y á través de los ladridos de los perros, una piedra y después otra, vinieron á dar en la ventana venerable de la librería.

Gonzalo Mendes Ramires pensó momentáneamente en el revólver... Pero aquella misma tarde Benito, el criado, bajó su vieja y única arma á la cocina para limpiarle la herrumbre. Entonces, azorado, corrió hacia el cuarto, cerró

con llave, empujó la cómoda contra la puerta con tan desesperada ansiedad, que frascos de cristal, un cofrecillo antiguo y hasta un crucifijo, cayeron y se quebraron. Poco después extinguieronse en el patio los gritos y los ladridos; pero Gonzalo no abandonó en toda la noche aquel refugio bien defendido, y pasóla fumando cigarros y rumiando su furor sentimental contra el Rello, á quien tanto perdonó, á quien siempre tan afablemente había tratado y que ahora apedreaba tan brutalmente las vidrieras de la Torre. De mañana ya, convocó al regidor; y Rosa, todavía trémula, mostró un brazo con las marcas rojas de los dedos de Rello; y como el arrendamiento de éste terminaba en Octubre, fué despedido de la quinta con la mujer, el arca y el catre.

Inmediatamente apareció un labrador de los Bravaes, José Casco, respetado en toda la feligresía por su seriedad y por su fuerza espantosa, proponiendo al hidalgo arrendar la Torre. Gonzalo Mendes Ramires había decidido, desde la muerte del padre, elevar la renta á novecientos cincuenta mil reis, y Casco bajó las escaleras con las orejas gachas. Volvió al otro día, recorrió toda la finca, deshizo la tierra entre los dedos, escudriñó el corral, contó los olivos y las cepas, y en un esfuerzo en que todas las costillas se le arquearon, ofreció novecientos diez mil reis. Gonzalo no cedió, seguro de que su exigencia era equitativa, y José Casco volvió todavía con

la mujer y su compadre á dar unas vueltas, recelosos, en torno de la huerta, demoras que hacíanle al hidalgo intolerablemente larga aquella mañana de Junio, sentado en un banco de piedra del jardín, bajo una mimosa, con la *Gaceta de Oporto* en la mano. Cuando Casco, pálido, le vino á ofrecer novecientos treinta mil reis, Gonzalo Mendes tiró el periódico, é incomodado, declaróle que iba él por su cuenta á trabajar la propiedad, á demostrar lo que era una tierra fértil tratada por la ciencia moderna con fosfatos y máquinas. El hombre de los Bravaes suspiró entonces hondamente, aceptando los novecientos cincuenta mil reis. Apretó el hidalgo la mano al labrador á la manera antigua. Entró éste en la cocina á beber una enorme copa de vino, y con su inmenso pañuelo de hierbas enjugóse el sudor que le corría por la cabeza y por el cuello.

Más embotada por estos cuidados la abundante vena de Gonzalo, detuvo su curso, convirtiéndose en un hilo tenue, lento y turbio. Cuando por la tarde se acomodó en el sillón para describir la sala de armas del palacio de Santa Ireneia, iluminada por la luna, sólo consiguió convertir servilmente en prosa aguada los tersos versos del tío Duarte, sin relieve que los modernizase, sin nada que diera majestad señorial ó belleza saudosa á aquellos macizos muros donde la luna, deslizándose á través de las rejas, salpicaba su luz en las puntas de las lanzas ó en

la cimera de los morriones. Y desde las cuatro de la tarde, en aquel cálido y silencioso domingo de Julio, garrapateaba, empujando la pluma como un lento arado sobre terreno pedregoso, borrando la frase que le parecía inelegante y zafia, ora pateando el suelo, ora inmóvil, abandonado á la esterilidad que le atormentaba, con los ojos fijos en la Torre, en su difícilísima Torre, negra entre los limoneros, regocijada por el continuo revoloteo y por el continuo piar de las golondrinas.

Al fin, descorazonado, abandonó la pluma, y metiendo en un cajón el precioso volumen del *Bardo*, exclamó:

— Estoy perfectamente estúpido. Es este calor. Y después, aquel animal de Casco toda la mañana...

Todavía releyó, moviendo sombríamente la cabeza, una línea, la última, enrevesada y suya...

«... En la sala, altanera y larga, donde los largos y pálidos rayos de la luna...» Larga, largos... y los pálidos rayos, los eternos *pálidos rayos*. ¡También este maldito castillo es tan complicado!... ¡Y este don Tructesindo tan antiguo! En fin, un horror...

Empujó el sillón; cogió, enfurecido, un cigarro y abandonó la biblioteca batiendo desesperadamente la puerta, con un tedio inmenso de su obra, de aquella confusa y enredada Santa Ireneia, y de sus abuelos, enormes, resonantes, chapeados de hierro y más vagos que el humo.



## II

GONZALO, que durante todo el día permaneció estirado en el diván de damasco azul, con un pertinaz dolor de riñones, se apretó los cordones de los largos pantalones de seda y atravesó lánguidamente el cuarto para mirar la hora en el antiguo reloj del comedor. ¡Las cinco y media!... Para desentumecerse, pensó en una caminata por la fresca carretera de los Bravaes. Después haría una visita, que ya desde Pascua debía al viejo Sanches Lucena, elegido nuevamente diputado en las elecciones generales de Abril por el distrito de Villa Clara. Mas la jornada á la *Feitosa*, la quinta de Sanches Lucena, exigía una hora á caballo, desagradable con aquel dolor de riñones, que le comenzara la víspera de noche, después del té en el Casino de la Villa. É indeciso arrastraba los pasos por el corredor, para gritar á Benito ó á Rosa que le su-